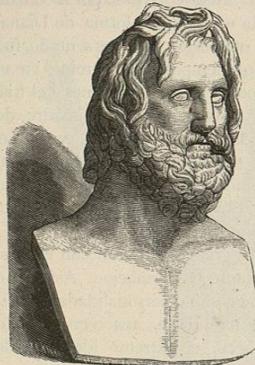
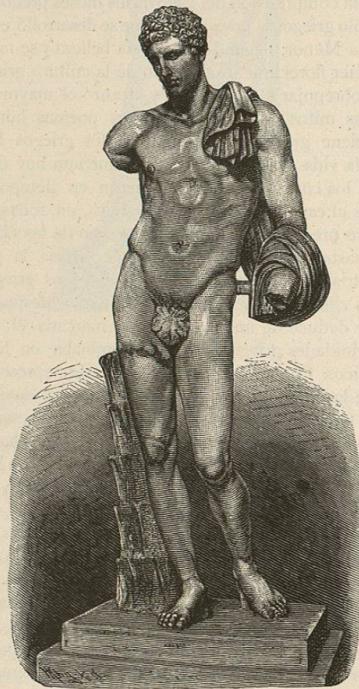


bres mas eminentes de la sociedad griega contemporánea. Zeo es ya el rey del cielo, el padre de los dioses y de los hombres, el guardador del orden y del derecho entre estos, y el que, unido con mujeres mortales, engendró unos seres considerados como los ascendientes de las razas reales griegas. Poseidon es el protector de los navegantes, el patrono de las prácticas caballerescas y el fundador de las ciudades y de sus poderosos muros: es asimismo, como Zeo, un ascendiente de reyes y de valerosos héroes. Hefesto se convirtió muy pronto en un hábil armero; Hermes continuó siendo una divinidad que repartía gracias entre los mortales; pero su principal misión consistía en ser emisario de Zeo cerca de los demás dioses, y en proteger el comercio, el tráfico y á los sabios comerciantes griegos. Apolo, distinto ya de Helio,



Poseidon (Roma. Museo Chiaramonti) principal misión consistía en ser emisario de Zeo cerca de los demás dioses, y en proteger el comercio, el tráfico y á los sabios comerciantes griegos. Apolo, distinto ya de Helio,

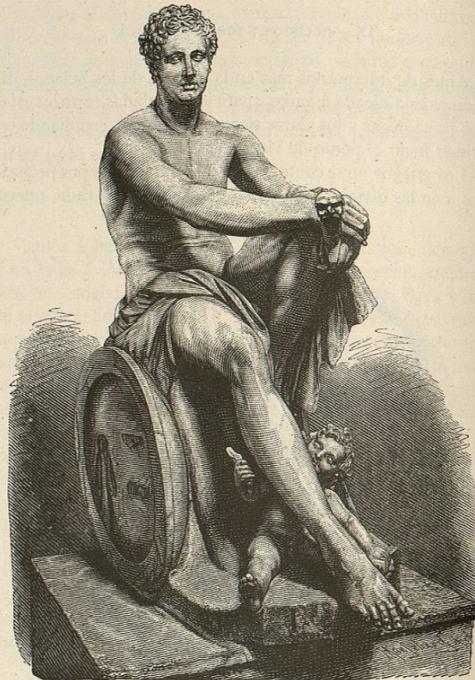


Hermes (Florencia)

dios del sol, es el dios de la luz, en el mas elevado sentido, de la pureza moral y de la música. Entre las diosas vemos á la orgullosa, celosa y maligna Hera, que llegó á ser la madre real de Zeo, y que patrocinaba los matrimonios de los mortales. Palas, hija de Zeo, significa ahora la penetración que desciende del cielo, el consejo prudente, el hecho juicioso, y bajo el punto de vista de la guerra, en contraposición de

Ares, el salvaje y furioso clamor de las batallas, representa la inteligente dirección táctica de la fuerza organizada. De la virgen Artemis salió Selene, la diosa de la luna; y el repugnante dios semita del amor se convirtió en la ideal figura de la Afrodita, diosa de la gracia y de los atractivos personales.

La misma naturaleza del suelo griego impedía que el culto de las divinidades fuese general; según la condición de las comarcas predominaba en ellas uno ú otro dios, hasta que todos



Ares (Villa Ludovici)

los griegos aceptaron una serie de grandes divinidades. Cuando la formación de mitos se consideró casi terminada, la docena de divinidades del Olimpo estaba representada por Zeo, Poseidon, Apolo, Ares, Hermes, Hefasto, Hera, Atenea, Artemis, Afrodita, Demeter y Hestia. Los dioses que siguieron siendo agrarios, en el sentido estricto de la palabra, como Demeter y Dionisio, no tuvieron importancia alguna en la poesía épica ni en los poemas caballerescos, conservándola empero en la vida de la generalidad de los griegos libres.

No debe, pues, olvidarse que la religión de los griegos en modo alguno se oscurece con las narraciones de la poesía épica. Por mucha influencia que hubiese ejercido esta, hasta la constitución filosófica de las ideas religiosas, sobre las creencias de los griegos, predominaba, sin embargo, el culto con sus antiguos y locales ritos y servicios, en los cuales se determinaban la existencia natural ó ética de los dioses, y las muchas fiestas que en honor de estos debían celebrarse, junto con las prácticas con ellas íntimamente ligadas. En realidad, conservaron los griegos el espíritu con que la poesía épica confundió la existencia de los dioses y la formación moral de los hombres: aquel pueblo no conoció dualismo ni contraposición ninguna entre la naturaleza y el espíritu. Tampoco se sometió el pueblo griego de un modo desco-

medido, como las masas de los pueblos semíticos, á la naturaleza y al poder del mundo sensible, ni aceptó la creencia de los brahmanes indios, que se veían obligados á renegar

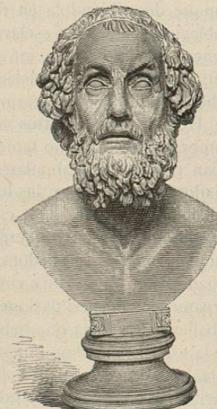


Demeter de Gnido (Museo británico)

de la naturaleza para justificar la existencia de sus dioses. Una vida espiritual y moral hizo de aquel pueblo uno de los mas distinguidos de entre los de Oriente: el culto de las divi-



Dionisio (Roma. Capitolio)



Busto ideal de Homero (palacio de Sans-souci)

nidades griegas no partía de la hipótesis de una oposición entre los dioses y los hombres, ni tenía por fundamento la temerosa angustia y el cruel desasosiego. La ética, formada según todos estos principios en armonía con el culto de los dioses, se caracterizaba «por su natural y sana percepción, por su sentimiento moral y por su ingenuo humanismo.» Este

culto exigía al griego (á no ser un hombre privilegiado por los dioses) que siguiese las inclinaciones buenas y morales de su naturaleza, que refrenase con dignidad y conciencia propias sus pasiones y sentimientos, que todos sus actos, dirigidos por la inteligencia y la reflexión, mostrasen los buenos sentimientos de que su corazón estaba poseído. La *sophrosina*, la hermosa medida armónica, representa siempre el apogeo ideal de la moralidad griega.

El poema griego nos permite, sin embargo, formar una idea de las sociedades políticas y sociales y del modo cómo se formaron en la época anterior á las emigraciones, en el territorio griego; pues todas estas noticias se han conservado preferentemente en la poesía épica. El carácter fundamental de la vida griega se nos presenta muy distinto del de los tiempos heróicos, pues consiste en un espíritu guerrero, así por tierra como por mar: los principales rasgos que le distinguen son energía, rusticidad y osadía. Ya no se habla de los héroes, y la lucha tiene un objeto muy determinado, sea en la defensa, sea en el ataque. Los actos de la vida revisten cierto aire de caballerescidad: por esto se dice que por un lado ha desaparecido la rudeza de costumbres, que tan á menudo es consecuencia de las largas guerras; y por otro, que los labradores y pastores de los nuevos Estados desempeñan un papel secundario; que la preponderancia se inclina á la nobleza de las armas; y que se vislumbra ya el tiempo en que esos nobles imperarán en toda la Grecia durante muchos siglos. Sin embargo, todavía conservan el predominio la monarquía y la guerra mas conocida con el nombre de heróica: los reyes son los que dirigen esta guerra y de ellos se espera naturalmente que darán con su personalidad gran realce á la corona. El rey, que como distintivo de su dignidad lleva un alto baston llamado cetro, y que no debe vacilar nunca, ha de eclipsar á los demás por su fuerza, por su destreza en la guerra, y por sus hazañas y presencia de espíritu en la lucha. Pero además de esas cualidades debe poseer sensatez, rectitud, eminente sabiduría en el consejo y facilidad en la palabra, á fin de que sus decisiones y mandatos sean debidamente acatados y su persona respetada por la nobleza y la plebe. De este modo, por una parte, llegó á ser tan exuberante la vida griega, que la guerra ya no constituyó su modo de ser privativo; y por otra, el Basileo, ó rey, no tiene á su disposición los medios para lograr que su opinión predomine por fuerza contra la voluntad de la nobleza y del pueblo, temperamento que se conservó en Grecia hasta el tiempo macedónico. La vida histórica de los poderes del Estado griego tiene desde los mas antiguos tiempos un carácter verdadero de publicidad, carácter que forma especial contraste con la reserva propia de los grandes reyes de Oriente, especialmente de los iraníes. El Basileo, que sin intervención sacerdotal, ora y hace sacrificios por su pueblo, se reúne públicamente con los nobles para pedirles consejo en la resolución de los negocios generales del Estado y de las cuestiones jurídicas sobre las cuales debe dar su fallo, y muchas veces para dictar tales sentencias, comisiona á uno ó á varios individuos de la nobleza. Los nobles, los caballeros, rodean continuamente al rey y le acompañan en la comida, en el juego de las armas y en todas las ceremonias públicas. El pueblo, el vulgo, la asamblea de los hombres libres desempeña un papel subalterno, que se reduce las mas de las veces á oír las decisiones del rey y de los nobles, conservando, sin embargo, el derecho de declararse en alta voz conforme ó disconforme con las mismas.

X.—ESTADO DE CULTURA DE GRECIA

La vida de los miembros del helenismo, tan adelantados bajo el punto de vista histórico en estos antiguos tiempos,

es sumamente agradable y variada. Cuando la guerra deja de asolar las comarcas, prueban los caballeros sus fuerzas en juegos de apuesta y de lucha cual si hubiesen conservado, como parte esencial de su nacionalidad, los últimos alientos de la antigua vida del pueblo griego. La afición á la música y á las canciones heroicas, el gusto por las comidas regaladas y por los ardientes vinos, cuya fortaleza solia templarse con agua, y la inclinación á las apacibles danzas, animaban en tiempo de paz las principales ciudades. La economía doméstica de los príncipes tomó el carácter de la de un gran propietario: sus principales residencias eran grandes casas no amuralladas: su riqueza consistía siempre, no tanto en tierras de cultivo, por mas que la agricultura y el cultivo de las vides y olivares habian ya llegado á adquirir cierta importancia, como en bienes muebles. Muchos esclavos, grandes rebaños de animales de toda clase, como los tuvo Grecia despues en tiempo de los osmanlies, ricas habitaciones llenas de alhajas de metales preciosos y de ricos vestidos y tapices, formaban el capital de los príncipes y caballeros de aquella época, y constituyen el rasgo característico de aquella clase hospitalaria, rasgo que ha conservado hasta nuestros días. El comercio de cambio con los mercaderes sidonios proveia de cuanto les hacia falta á los griegos, quienes, á cambio de los artículos citados, recibían esclavos, vino, trigo y otros productos de la tierra. Otro de los rasgos distintivos de los griegos es el afán de ejercer ciertos oficios: las mujeres conocen el arte de tejer paños y telas de lino yalgodon; en las poblaciones encontramos alfareros, carpinteros, constructores de carretas, fundidores de oro, curtidores, y especialmente inteligentes armeros. Las embarcaciones de cinco remos fueron las preferidas por este pueblo que, como descendiente de los carios y de los fenicios, se dedicó á la piratería, plaga que se hizo endémica en el mar Egeo, hasta que la formación del nuevo reino griego permitió al poder marítimo de Grecia ó del extranjero ejercer una rigurosa vigilancia en aquellas aguas.

La misma sencillez de vida observamos aun entre las clases mas elevadas de la sociedad griega de aquel tiempo. Mientras los príncipes se reservaban, despues de la victoria, la mejor parte del botín, y en los banquetes de los sacrificios y en las comidas de las fiestas tomaban los mejores bocados, y se mandaban construir sus casas por los carpinteros, sus hijos defendían los rebaños contra las agresiones de los animales carnívoros y de los enemigos; sus hijas lavaban con sus propias manos la ropa, y sus mujeres tejían, rodeadas de sus doncellas, paños y tapices. Mucho tiempo se pasó sin que desapareciese la rusticidad de las antiguas costumbres, siendo buena prueba de ello la arbitrariedad de cada individuo allende los límites de su territorio y la salvaje crueldad que usaban con sus enemigos durante la guerra. El helenismo estuvo vacilando entre el humanismo, que comenzaba á aparecer, y la antigua rusticidad. Las relaciones entre señores y esclavos, entre reyes y caballeros, eran en apariencia sumamente moderadas: el trato entre los nobles y siervos era familiar hasta el punto de que recordaba los estados patriarcales del Oriente. Las relaciones de la vida de familia, que tanta importancia tienen todavía hoy en la existencia íntima del pueblo griego, son puras y nobles, habiendo desaparecido por completo la poligamia. La costumbre y la voz pública exigen en la mujer una fidelidad mucho mas penosa que en el hombre, al cual vemos en trato con prisioneras de guerra y con concubinas. La condicion de la mujer dentro del hogar doméstico es ya, como despues en tiempo de Plutarco, mucho mas libre, independiente y de mayor importancia que en la época clásica del pueblo heleno, en que siempre el hombre ó el hijo adulto representan la familia en el exterior.

Los niños deben á sus padres amor y respeto, y los jóvenes guardar gustosos grandes atenciones á los ancianos.

La opinion pública llega á adquirir cierta importancia, es considerada por el derecho y las costumbres, celebra el porte distinguido, aconseja la reconciliación, anatematiza la arrogancia, toma bajo su amparo la hospitalidad y considera como grave injusticia el insulto dirigido contra un extranjero pacífico. Pero al lado de esto encontramos grandes aberraciones: por ejemplo, los delitos y faltas del esclavo son castigados con extremada crueldad, aplicándose como penas la mutilación y la muerte en el tormento. La condicion de la mujer y de los menores de edad sin esposo, padre ó hermanos mayores es muy desgraciada, pues están con facilidad expuestos á grandes injusticias y á usurpaciones de su derecho y de sus bienes. La sangre se derrama con excesiva abundancia: la costumbre de ir los hombres siempre armados, el carácter apasionado del pueblo, que fácilmente se inclina á los actos violentos, hacían muy frecuentes las venganzas individuales y los homicidios que tanto han costado de desarraigar en los modernos pueblos civilizados. La inseguridad personal, engendrada por tales circunstancias, dió muy pronto margen á sangrientas venganzas que correspondían á los consanguíneos de la víctima, ó en sentido mas lato á los individuos de la misma tribu, término medio entre la familia y la raza. El rey y el Estado, que nada tenían que ver con estos delitos, dejaron libre el campo á estas venganzas, que el homicida solo podia evitar huyendo al extranjero ó reconciliándose con los parientes de la víctima por medio de ricos presentes.

En la brillante forma de los poemas épicos de Homero no falta tampoco para complemento del cuadro la descripción de la clase de los labradores, que constituía en aquel entonces el fondo oscuro, la capa mas inferior de la vida griega. Un labrador beocio, natural de la aldea de Ascera, en el territorio de Thespia, al pié del Helicon, Hesiodo (que nació en la primera mitad del siglo VIII antes de Jesucristo) en una poesía conocida con el nombre de «Obras y días» ha conservado á la posteridad la dura prosa y la realidad de la vida del antiguo labrador griego, sin revestirla de colores ideales, aunque describiéndola en forma poética. No se habla de la población obediente ó esclava que, en el territorio del valle del Peneo, bajo la dominación tesalia y en los nuevos Estados dóricos bajo la de los dorios, recordaba con ira la antigua soberanía de sus mayores; ni se trata tampoco de los thetes de Homero que nosotros conocemos, es decir de aquellos hombres libres, que no teniendo bienes de ninguna clase, se veían precisados á alquilarse á modo de labradores, como criados ó jornaleros en las haciendas de los nobles. Háblase únicamente de la masa de campesinos libres que existían en los cantones del antiguo territorio, de los robustos labradores que con sus azadas, azadones, rejas de arado y hoces, cultivaban campos, huertos y viñedos, y en cuyas costumbres observamos las mismas pasiones, aunque no el esplendor de los caballeros. El poeta que bebe inmediatamente en las fuentes de la experiencia, nos muestra las prácticas de la vida agrícola, tal como se manifestaban, especialmente en la Grecia media. Se consideraba prudente que el hombre, al llegar á los treinta años, se casase, si podia ser con una muchacha «en el quinto año de su flor virginal.» Los criados eran escogidos con cuidado sumo, no siendo las mas de las veces admitidos los que hubiesen contraído matrimonio. Los esclavos que habian cumplido ya cuarenta años eran destinados á manejar el arado del cual tiraban robustos toros jóvenes: la siembra se verificaba en el llamado ocase de las Pléyadas, es decir durante el mes de noviembre. Robustos perros guardaban haciendas y huertos contra las fechorías de los ladrones. El

labrador vivía, por otra parte, con ciertas comodidades: el vino del continente no le era desconocido y sus alimentos mas usuales consistían en leche de cabra, pan de cebada y carne de reses pequeñas: un gran sombrero de anchas alas cubría su cabeza; sus piés calzaban sandalias de cuero de buey atadas con tiras de fieltro; y una gran capa de lana de macho cabrío ó de oveja protegía su cuerpo contra las inclemencias del cielo. Al terminar la cosecha, tripulaban los labradores sus lanchas para llevar los productos de su territorio á lejanos mercados. La vida en las poblaciones se hallaba perturbada por malas pasiones, pues no eran en ellas raras la pereza, el egoísmo, la codicia, la envidia y las odiosas disputas de familia. Hesiodo, á quien su hermano usurpó la herencia, cerceñándole su parte hereditaria, conoce perfectamente á sus contemporáneos y sabe cuánta necesidad tenían de recibir lecciones de una vida virtuosa, laboriosa y pacífica. Él, mas que nadie, sufrió las amargas consecuencias de la inmoralidad de su tiempo, pues solo á la corrupción de los jueces debía su hermano el haber ganado el litigio y sostenido la injusta posesión. Por eso arrojó sus mas agudos dardos contra los reyes, á quienes llama «presentes de los hombres que comen» y á quienes acusa de haber infringido en falsos juicios los sagrados preceptos de Zeo.

XI.—LACONIA

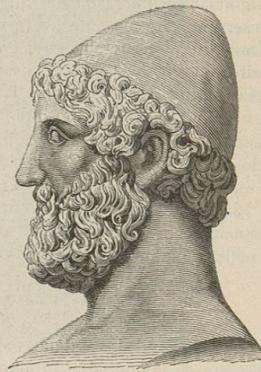
No solo la poesía, sino la tradición histórica, nos ofrecen en los últimos tiempos del período descrito, el conocimiento de los primeros grandes ensayos que se hicieron para ordenar en sentido conciliador las relaciones de los nuevos señores del país, así como las de los vencidos habitantes primitivos. El territorio en que se llevó á cabo tal empresa de trascendentales consecuencias, fué Laconia, comarca que como ninguna otra supo resistir tenazmente á la dominación dórica. La situación de los dorios en Esparta era efectivamente la peor posible; lo contrario de lo que acontecía en los demás Estados helénicos. Por un lado, los conquistadores se vieron imposibilitados de extenderse por el Sur de la Laconia, gracias á la invencible resistencia de los aqueos de Amicle; y por otro el territorio dórico, en la parte septentrional de aquel cantón, fué teatro de graves y funestos desórdenes interiores. La guerra contra los aqueos del Sur, que á falta de batallas decisivas, se convirtió en una guerra de rapiña, fué continuada por los emigrantes dorios con mas saña y crueldad que en los otros cantones vecinos, en donde, por lo menos durante el siglo IX, existían relaciones pacíficas y ordenadas. No menos mal efecto produjo el hecho de que entre los dorios de Esparta, la corona habia sido objeto de grandes disputas, pues segun la tradición histórica en la Laconia dórica habia subsistido de derecho desde un principio una monarquía doble. Dícese que el heráclida Aristodemo murió al llegar su pueblo á las orillas del Eurotas; que entonces pasó la soberanía á sus dos hijos gemelos Euristenes y Procles, que la gozaron por partes iguales, y luego á los hijos de estos Agis y Euripion; y que á partir de este punto, quedó vigente ese sistema entre sus dinastías. Junto á esta narración que débilmente puede sostenerse, se presenta la suposición de que al desaparecer la rama principal de los heráclidas, que habia conducido á los dorios á Esparta, se encendió una cruenta lucha para alcanzar el poder, entre dos familias que descendían igualmente de aquella raza, la antigua estirpe de los Agidas y la mas moderna de los Euripiódidas, lucha que ocasionó muchos males al pueblo dórico, que dió lugar á repetidas conmociones durante las vacantes del trono, y que acabó por conducir á la división del trono entre los dos rivales. Esto era natural que sucediese, á fin de evitar

una situación como aquella, tan peligrosa para el órden interior y para que pudiesen los espartanos proseguir sus conquistas ó por lo menos contener á los vencidos.

Las posteriores generaciones están acordes en que la terminación de un estado de cosas tan desesperado y la posibilidad de una pronta y poderosa elevación de los espartanos, estaban reservadas al trabajo de un gran legislador, cuya historia reviste en cierto modo algunos caracteres de leyenda. Este legislador fué Licurgo, á quien la tradición considera como un miembro (no como un rey) de una de las dos familias rivales que se disputaban la Laconia dórica. Segun la opinion mas comunmente seguida era próclida ó euripiódida, hijo del rey Eunomo, muerto en un tumulto, y hermano del rey Polidectes, á cuyo fallecimiento tuvo por algun tiempo la regencia de su sobrino Carilao, hijo póstumo de Polidectes. Pero cuando su cuñada, despues de haber visto áasperamente rechazada la proposición que le hacia de casarse con él y hacer desaparecer al hijo que todavía no habia nacido, le calumnió vilmente, abandonó Licurgo su patria, hasta que Carilao hubo llegado á la mayor edad. Instruido por largos viajes, y apoyado por la autoridad del oráculo de Delfos, se presentó entonces como reformador de su pueblo, que se encontraba sumido en el mas profundo desórden. Terminada su obra, asegurada la prosperidad de los espartanos por el oráculo, con tal que conservasen las constituciones de Licurgo, y despues de haber hecho jurar á sus ciudadanos que hasta su regreso no modificarían sus leyes, dirigióse al extranjero el gran legislador, para no volver á su patria. Los espartanos le erigieron en el templo de Artemis, en Limne, un santuario, y le dedicaron sacrificios como héroe.

XII.—CONSTITUCION DE LICURGO EN ESPARTA

Los posteriores historiadores se han acostumbrado á atribuir á la personal actividad de Licurgo todas las disposiciones constitucionales que aparecieron en el valle del Eurotas hasta la formación de la confederación peloponésica. Mas aun; la ruda existencia dórica y ciertas particularidades en las costumbres y en la cultura, algunas de las cuales se conservaron en Esparta hasta la época de Constantino, representan sin duda las grandes creaciones de varios legisladores. La investigación nos enseña que la constitución interior de los dorios en el valle del Eurotas, que tan dura é inflexible aparece, aun en los posteriores siglos, no ha dejado de sufrir algunas modificaciones. En efecto, llegó á su mas alto grado de perfección en el siglo VI antes de Jesucristo, y por otro lado muchas disposiciones referentes á las públicas costumbres, que tanto singularizaron á los espartanos, no pueden en modo alguno atribuirse á Licurgo, por mas que este hubiese trabajado con mano fuerte para sacar á su pequeña nación de la rudeza y del desórden en que estaba sumida, y para dar de nuevo á la antigua raza dórica la fuerza y la consideración que le correspondían. La nueva constitución política de Licurgo se propuso, por una parte abolir las luchas intestinas, y por otra asegurar la



Hefesto (Roma. Museo Chiaramonti)